

*Y a la hora de los oficios semiinfernales,
de fuegos y recolección, acopio y los finales
del transporte, que de lejos a la ciudad penetran
y se acercan sobre los desiguales adoquines,
oscuras caras en silencio, oscura luz del cigarrillo entre la boca,
oscuros carros y camiones en oscuros séquitos,
oscuros bultos de las legumbres, de las frutas, de los frutos
y las cargas dormidas y pesadas,
por su cara pasan y se alejan,
por su mundo de camas y se alejan (pág. 148).*

<https://doi.org/10.29393/At346-347-74HRRRA10074>

"EL HOMBRE RESERVADO", de Pierre Faval

Pierre Faval es narrador grato y observador acucioso; cultiva un género irónico, propenso a llevarlo a la caricatura, tan abstracta y deformada que se convierte en entelequia. Posee también dramatismo y el desenfado propicio para saltar las vallas de los temores sociales, indispensables a un buen escritor. Desde hace años, se ha venido orientando el gusto literario hacia lo bonito, con miedo a la expresión vital y al retrato directo. Se ha predicado un verdadero escapismo que no corresponde a una posición artística vital.

A Pierre Faval le vendría bien mayor técnica literaria, una paciente elaboración que perfeccione y afine su instinto de narrador. Es cierto que algunos cuentos clásicos que conoce la humanidad, los de Bocaccio, por ejemplo, están cogidos por donde menos el lector se imagina, pero es fácil reconocer la maravillosa composición y la poesía que ocultan. Los reyes y las reinas transitorios de Bocaccio se sienten respirar en sus jardines perfumados, con cielos diáfanos y fuentes de sonoras aguas glaucas.

Pierre Faval conoce el campo desde el caballo del patrón, pero contiene su capacidad descriptiva. ¿Por qué? Se nos ocurre que por excesiva sequedad castellano-vasca. Hay un instante, en su cuento "El maestro Calderón", en que se escucha jugar y hablar en su lengua propia, a un grupo de labriegos que corren por el ca-

mino. El cuento, con un poco más de cultivo, sin miedo a la poesía ni a la plasticidad formal, lo habría firmado Federico Gana. En los demás puede observarse la tendencia a llevar el rasgo irónico hasta el esquema, a descarnar la vitalidad del personaje. Pero hace reír ese "Curita de Caleu", que confunde a un castizo caballero católico con un radical sedentario y de malas pulgas.

"GERARDO O LOS AMORES DE UNA SOLTERONA", de *Enrique Araya*.

Al comentar "La luna era mi tierra" del mismo autor, hicimos notar su gracia expresiva, especialmente manifiesta en el comienzo de la obra, donde el autor mantiene su ánimo humorístico, sin olvidar la observación directa. Más allá de este impulso inicial. Enrique Araya se abandona a su especulación sonriente, dispuesto a obtener la risa del lector a cualquier trance, por medio de acumulación de factores que no alcanzan a constituir ni suceso humano, ni poseen ese contraste sorpresivo, base de la génesis del chiste.

Con este libro ocurre una cosa análoga. Siempre los graciosos recuerdos juveniles, el protagonista es expulsado de la casa paterna porque sufre de sarna y conspira después con un compinche de aventuras para asesinar a un viejo solterón que vive sin más norte que ocultar su fortuna y cuidar a un perro. Sólo entonces sabemos que Gerardo, el personaje, le hará el amor a una anciana célibe que cuida al solitario, sin otro propósito que acelerar la muerte de la víctima. Todo está muy bien y hace reír a cierto público como las anécdotas que ridiculizan con incontrolada exageración defectos físicos, atildamientos y otras fallas del hombre como ente sociable. Pero de este anhelo no se logra una ecuación literaria o mejor dicho un alcance artístico, una expresión de humor sarcástico como es el caso de Chaplin o de risa sabia, profundamente incubada, como ocurre en la obra de Bernard Shaw.

Interesa anotar estas observaciones porque Enrique Araya es un autor leído, fecundo y hábil, cuya forma de expresión es sencilla